

cerlo los ángeles, y cogiendo una mano del conde, le dijo:

—General, ¿queréis aguardar mi contestación hasta mañana? No es mucho, pero deseo reflexionar algunas horas. Mañana os enviaré mi contestación. Ahora mismo os la podría dar; pero estoy tan impresionada por vuestro ofrecimiento, que mi consentimiento no sería libre.

Así, pues, hasta mañana.

Pasada la noche, y después de un combate en que su juventud se sublevaba contra aquella desproporcionada unión, escribió un billete que hizo llevar al general.

El billete contenía estas palabras:

«Señor conde.

«Acepto con reconocimiento.

«Vuestra.

GABRIELA.»

IV

Algunos días después se celebró el matrimonio, sin ostentación ninguna á causa del reciente duelo de la señorita Desgranges.

No obstante, la ceremonia religiosa se vió muy concurrida, y á pesar de la propensión que siempre han tenido los nanteses de reirse de los matrimonios en que uno de los consortes triplica la edad al otro, ni uno solo mezcló con sus bromas los comentarios de otro género que se hacían de esta ceremonia.

El general de Branville gozaba del aprecio general y fué muy felicitado por haber tomado bajo su protección á la hermosa huérfana.

La gente joven, y todos los que conocían á Gabriela decían que el general estaba más que recompensado por su acción, pues Gabriela ora, sin duda de ningún género, la criatura más hermosa de la ciudad.

El general, digno, erguido, marcial sin fanfarronería, rodeado de sus amigos leales y de

sus apuestos oficiales, era el blanco de todas las miradas.

Aparentaba lo que era. Nada más.

Su bondadoso y noble rostro expresaba un afectuoso respeto hacia su protegida, y más bien parecía que tomaba á la señorita Desgranges bajo su tutela que no por esposa.

Las antiguas amigas de Gabriela criticaban su matrimonio, por más que todas ellas se hubieran considerado muy halagadas si el general las hubiera escogido por compañeras.

La mirada penetrante y digna del conde de Branville parecía decirlas claramente:

—Vosotras habéis humillado á esta pobre niña, la habéis abrumado con vuestros desdenes y vuestros hipócritas ofrecimientos. Ya no tiene necesidad de vosotras. Yo la protejo. Cuando uno se titula conde de Branville y es además general de división y propietario de cuatro á cinco mil hectáreas de tierra, sin contar Traignac y sus bosques, se puede reír de las murmuraciones y marchar siempre con la cabeza erguida.

Durante la ceremonia, y á dos pasos de la desposada, se encontraba un joven capitán de Estado Mayor, inmóvil: no se atrevía á fijar sus miradas en la condesa, mientras que con sus brazos cruzados sobre el pecho trataba de contener los agitados latidos de su corazón y las sacudidas de su pecho semejantes á las de un volcán en erupción.

Nuestros lectores le habrán reconocido.

Era Roberto.

Había llegado la noche anterior y tenía necesidad de toda su energía para que las penas

que le devoraban no hicieran huella en su rostro.

Después de un opíparo almuerzo, en el que Sulpicio, el cocinero del general, se excedió, y al que asistieron los íntimos de la casa, los recién casados, acompañados de Roberto, salieron para París.

Durante el viaje, el desgraciado joven hizo esfuerzos sobrehumanos para aparentar una alegría que estaba muy lejos de sentir.

El general contemplaba con bondad aquellos dos seres que reunían en sí todo el cariño de su vida, y de los cuales había aceptado la tutela. Declase que había realizado su dicha y se creía seguro de haberla completado.

Gabriela, turbada por la mirada de Roberto, con quien no había cambiado una sola palabra, iba callada y con los ojos bajos.

Era el mes de Octubre.

Los prados verdes, llenos de bueyes y otros animales de labranza; los campos, ya despojados de sus conchas; las viñas, convertidas en sarmientos y conservando alguna que otra hoja coloreada por los últimos rayos del sol canicular; los bosques, todo desfilaba á los ojos de los viajeros, como los soldados en una revista delante del jefe que les inspecciona.

Después todo queda envuelto en la semi-obscuridad de la noche, y el tren especial que conducía á nuestros viajeros llegó á París á las diez de la noche.

Un lando blasonado, tirado por dos magníficos caballos ingleses, á los que no hubiera encontrado una falta el más delicado *sportman*, condujo al general, á su mujer y á Roberto.

Al llegar al hotel dijo el conde á su ahijado:

—Mi querido Roberto, quiero reservarte el placer de enseñar tú mismo á Gabriela tus trabajos. Ha sido él—añadió dirigiéndose á su mujer—el encargado de preparar vuestras habitaciones. El mozo tiene práctica y espera que sus trabajos sean de vuestro agrado.

El capitán sonrió tristemente y acompañó á la condesa á su cuarto.

Las paredes estaban cubiertas con tapices de Gobelinos, rodeados de un marco negro con filetes dorados.

Un solo retrato, el de la madre del conde, de dulce y melancólico rostro, y de expresión apasionadamente amorosa, hacía juego con la suntuosidad de la estancia.

Los colores de las tapicerías, artísticamente combinados, daban un aspecto encantador á aquellas habitaciones.

Los muebles eran muy valiosos y de gran mérito, y ninguno de ellos hacía despertar una idea de libertinaje.

Más que un tocador era un santuario.

Hubiérase dicho que el autor de esos trabajos quería recordar á la recién casada que era la mujer legítima del conde y no su querida.

En aquel centro de un mundo de severos recuerdos, debía vivir Gabriela, y cuando entró en la habitación su aspecto le pareció en armonía con sus pensamientos, pues se volvió hacia Roberto dirigiéndole una mirada de agradecimiento, en la que se mezcló un rayo de pasión.

La mirada que cruzaron los jóvenes equivalía á una confesión.

Roberto, asustado de aquella muda confidencia, que consideraba como una traición á su bienhechor, se separó bruscamente de la condesa.

Iba á marcharse, cuando la voz de Gabriela le retuvo:

—No os marchéis—le dijo—sin que tengamos antes una explicación formal y precisa.

—Os suplico, Gabriela—contestó Roberto—que no me interroguéis y me dejéis partir.

—¿Y qué va á decir el general si bajáis solo? Esperadme—dijo Gabriela, poniendo su enguantada mano sobre el brazo del capitán.

—Es verdad, Gabriela, tenéis razón—murmuró Roberto á media voz,—vale más para nosotros que os confiese la verdad. Tengo confianza en vuestro honor y podéis fiaros en el mío. Además, mi confesión no será peligrosa, porque os dejaré muy pronto. Estoy desesperado por haber llegado tarde y no haber conocido antes vuestros proyectos.

—¿Para qué?—preguntó Gabriela, como si hubiera querido arrancarle uno á uno los secretos que no ignoraba.

—¿Tengo necesidad de ser más explícito? Me hubiera llamado si no temiera que podríais atribuir mi silencio por vuestro cambio de fortuna. ¡No me juzguéis así! Mis cartas á de Tresmes atestiguan que mi más vehemente deseo era poder regresar y declararos mi pasión. Cuando supe vuestra resolución me quedé anonadado y me hirió mortalmente, como una bala de cañón en una batalla.

La sospecha de un cálculo interesado sería indigna de vos y de mí. Os amaba demasiado para que estas despreciables consideraciones

me hubieran impedido cumplir según me dictaba mi conciencia, y así, como soldado con fortuna, me hubiera cazado con vos sin que me acusáseis de especulador interesado, del mismo modo, siendo vos pobre, os hubiera amado con igual pasión, muy dichoso de hacer vuestra felicidad asegurando la mía.

Pero ahora, ¡repose, dicha, porvenir, todo lo he perdido!...

No tengo ni el recurso de aborrecer á quien os ha separado de mí

Sois la mujer de mi padre adoptivo, del hombre á quien debo todo lo que soy y por quien siento la más profunda veneración y el más sincero cariño.

Los pensamientos que os comunico, los deseos que me inspirais, la confesión que os he hecho, son doblemente más criminales y no me queda más que un recurso: partir, y mañana mismo me iré. ¡Adiós, Gabriela!

Y cogiéndola una mano depositó en ella un rápido y ardiente beso.

Loco de dolor salió de la estancia.

Cuando desapareció, la joven miró su mano, y una lágrima que en ella había, la enjugó con sus labios.

Roberto al día siguiente se presentó muy temprano en el ministerio.

El subsecretario, con quien le unía íntima amistad, le recibió con los brazos abiertos.

—Os agradeceré—le dijo—que me hagáis un servicio.

Con mil amores. ¿Es urgente?

—Muchísimo.

¿De qué se trata?

—Me vais á retirar mi permiso y darme una

orden para que inmediatamente, en el primer tren, salga para San Petersburgo ó para el país que gustéis designarme, siempre que éste sea lejos, lo más lejos posible.

—No os comprendo—dijo el secretario, manifestando su extrañeza.

—Me explicaré: Tengo una pena profundísima, y deseo que el general no se entere; si me quedo aquí no tendré suficiente valor para disimular, y si me marchó sin explicación alguna, se enfadaría. Por eso una orden superior lo arregla todo y, aparentemente, yo no hago otra cosa que obedecer esa orden, sin necesidad de darle explicaciones.

—E' t'ais en lo justo.

Cinco minutos después, Roberto se encontraba en el despacho del ministro, quien sonriendo le firmó la orden de partida, fechada el día anterior, según le rogó el capitán, y, entregándosela, le dijo;

—Se trata de penas del corazón, ¿no es cierto?....

—Sí, señor ministro.

—A vuestra edad y con la posición que ocupais, no se conocen otras.

—Señor ministro: ¿Queréis aumentar el precio del favor que acabais de hacerme?

—¿Cómo?

—Prometiéndome el secreto de mi petición.

—¿Con todos?

—Con todos.

—¿Hasta con Branville?

—Sobre todo con el general.

El ministro reflexionó un instante. El general era su amigo. Acababa de casarse. El ayudante se alejaba bruscamente el mismo día de

su desposorio. Tal vez adivinara la causa del viaje de Roberto, pero no lo dió á entender.

—Os lo prometí—le contestó.

Cuando á eso de las diez bajó el general á sus caballerizas para dar una vuelta á caballo, antes de almorzar, su ayuda de cámara, Jacobo Jarin, un antiguo soldado que guardaba á su amo una fidelidad mayor que la de un perro de Teranova, le entregó la siguiente carta de Roberto:

“Mi querido general:

“No he querido turbar vuestra felicidad anunciándoos la cesación de mi permiso y la orden de volver inmediatamente á mi puesto.

“Esta orden, que no sé á que motivo obedece, me ha sido transmitida ayer del ministerio.

“Espero, sin embargo, poder estar pronto de vuelta.

“Os envío mi más cariñoso abrazo.

“Haced presente mis recuerdos á la condesa.

“Vuestro reconocido.

“ROBERTO.”

—¡Jacobo!—dijo el conde.—¿Has visto al capitán?

—Sí, mi general.

—¿A qué hora se marchó?

—A las nueve mi general.

—¿Y por qué no ha entrado á despedirse de mí?

—¿Diablo, mi general... yo no sé,—dijo Jacobo.—Como vuestro cuarto estaba cerrado, habrá temido despertaros.

—Está bien.

Y el conde entró en su casa, triste y descontento.

El comedor del hotel de Branville, es uno de los más agradables del mundo. Está todo artesonado de encina artísticamente tallada y en sus paredes se ven preciosos tapices de Oudry.

Cuando entré para almorzar y vió de pie ante la chimenea, donde ardía un magnífico fuego, la hermosa figura de la condesa, su mal humor se disipó.

—¿Dónde está vuestro protegido?—le preguntó Gabriela.

—No me habéis, querida mía. Estoy muy contrariado. Ha recibido una orden del ministro y ha tenido que marcharse precipitadamente.

—¿A dónde?

—A Rusia.

—¿Tan pronto? Yo creí que se quedaría algunos días con nosotros.

—Yo también, y estaba muy contento, pero esa malhadada orden lo ha desbaratado todo. Figúrate que no se ha despedido de nosotros por temor de afligirnos. Ese muchacho tiene un corazón de oro.

Pero estoy tan turbado que me olvido hasta el punto de tutearte. Un viejo como yo no respeta nada.—Dijo el general besando á su mujer, que se sonrojó.

—¡Pobre Roberto!—pensó Gabriela.

V

Pasaron cinco meses.

El conde, dedicado enteramente á su mujer, imaginaba mil proyectos para distraerla, y como su reciente luto la impedía mostrarse en los salones, la llevó á Italia.

Milan, Viena, Florencia, Nápoles, Venecia, Roma, todas las grandiosas ciudades de ese país tan rico de recuerdos y lleno de bellezas, les accgieron y les guarecieron algunos días.

Sin embargo, parecía que la condesa, inquieta y turbada, buscaba en un cambio continuo el olvido de un importuno pensamiento.

No se encontraba bien en ninguna parte, y apenas se había instalado en un palacio, para ella alquilado y preparado para recibirla, ya solicitaba como un favor de su marido, que la llevara á otra parte.

El general acudía con bondad inalterable á todos sus caprichos.

Por fin en Sorrento descubrió una villa al borde del mar, que, durante algunos días al

menos, fué objeto de una fantasía más duradera.

Gabriela vivió dos meses allí en compañía del general, que se encontraba bien en todas partes siempre que su mujer estuviera á su lado.

Aquellos dos meses de reposo y bienestar pasados al lado de su mujer, le recompensaron de las duras concesiones que, dada su edad, tuvo que hacer en sus antiguas costumbres.

El conde adoraba á su mujer y ella supo por sus inocentes coqueterías y por su deseo de agradarle, exaltar su amor hasta la locura.

No vivía más que para Gabriela. Por ella lo olvidaba todo, menos á Roberto. Las cartas del joven capitán derramaban en su corazón una dicha comparable únicamente con la que Gabriela le proporcionaba en aquella aislada casita, que jamás, por su gusto, hubiera abandonado.

Una sola palabra de la condesa hizo cambiar sus ideas completamente.

Gabriela le manifestó de pronto deseos de volver á Paris, y el general se persuadió sin trabajo ninguno de que su mujer tenía razón.

—Yo no sé—decía—donde tenía la cabeza para decir que me encontraba bien en este monótono rincón.

Tonto de mí, me imaginaba que su clima era la causa de que estuviéramos tan bien, mientras que su único aliciente eras tú quien se lo daba.

Sí, aún en Italia, frente á las límpidas aguas del Mediterráneo el invierno será siempre el invierno, además de ser mucho más difícil combatirle que en Paris.

Allí, instalados en el hotel de los Campos Eliseos, cerca del fuego de una magnífica chimenea, en el fondo de una habitación perfectamente acondicionada, no se sienten ni el vendabal, ni las lluvias torrenciales.

Un buen gaban de pieles, un cupé cómodo y caldeado, un palco rodeado de otros palcos deslumbradores de pedrería y de luz, el aire perfumado de los salones aristocráticos, son magníficos alicientes para burlarse del invierno y de su manto de nieve. Pero aquí, en Sorrento, siempre el mismo horizonte, el mismo mar, la misma playa y el mismo jardín sin flores y sin hojas.

Tan pronto se dice como ya se ha visto todo, y, verdaderamente, no sé cómo nos hemos detenido aquí tanto tiempo.

Teneis razon. Nos marcharemos.

—¡Qué bueno sois!—dijo Gabriela dirigiéndole una mirada de agradecimiento á la par que sonreía dulcemente.

—¿Bueno? No. Te amo, y eso es todo. Yo quiero lo que tú deseas y me gusta lo que te place.

Lo mismo me importa estar en Sorrento que otra parte, con tal que te tenga cerca de mí.

Debiera haber comprendido que tú no puedes vivir contenta lejos de la sociedad, que te espera, y donde pronto brillarás entre todas las mujeres.

Si has fingido estar resignada, ha sido un favor que nunca sabré pagar en todo su valor.

Sentía crecer tu tristeza, y no me perdonaré nunca haberte guardado tanto tiempo para mí sólo, como vil egoísta que soy.

Hubiera debido pensar más pronto en esta

marcha, pero no importa, ya recobramos el tiempo perdido.

Dejemos esta casa vulgar, volvamos á reunirnos con nuestros amigos, con nuestro hotel, con nuestros muebles, y con la poltrona donde mi pobre abuela se ha sentado ántes que nosotros.

Consoláos, condesa, ya terminó vuestra exclusión. Voy á disponerlo todo y dentro de veinticuatro horas estaremos lejos de aquí.

El general salió frotándose las manos y gozando de antemano de los placeres que podría ofrecer á su joven esposa cuando estuvieran de vuelta en París.

Pero si Gabriela disimulaba á su marido sus accesos de melancolía, no podía, en cambio, ocultarle enteramente aquel tinte de profunda tristeza reflejado en su rostro como una niebla de otoño se refleja en el verdor de los campos.

Cuando el general le preguntaba la causa de esta melancolía, siempre la atribuía Gabriela á los acontecimientos que tan violentamente habían turbado su existencia.

El anciano aceptaba esta explicación como muy natural, y esperaba del porvenir el remedio para esta tristeza, que únicamente el tiempo podría mitigar.

La condesa estaba encargada de la correspondencia con Roberto.

Sus cartas comenzaban invariablemente con esta frase.

—Mi marido me encarga que os diga....”

Jamás le hablaba de ella, ni de sus impresiones, ni de su salud, ni de nada, en fin, que la concerniese.

Por su parte el capitán se mantenía tan reservado, que casi tocaba los límites de la indiferencia. Contestaba directamente al general y añadía algunas palabras afectuosas para la condesa.

A la mañana siguiente M. de Branville entró radiante de alegría en el cuarto de Gabriela. La condesa acababa de levantarse.

Sus abundantes cabellos oscuros con reflejos de oro rojo, se extendían sobre su cuello, perfecto é inimitable é inundaban sus blancas y deslumbradoras espaldas.

Al entrar el anciano, Gabriela dió un pequeño grito y con un gesto rápido se puso el peinador de terciopelo oscuro caído á sus pies.

—¿Te he sorprendido, querida mfa?—dijo el general;—perdóname en cambio de la buena noticia que te traigo.

—¿Y qué noticia es esa?

—Que nos encontraremos en París con Rortero.

Ya está todo preparado. Ponte un vestido de viaje y dentro de dos horas nos despediremos de este horrible país, que usurpa su reputación de esta patria de guijarros y de olivos encenques, de este paraíso de rosas, donde los rosales brillan por su ausencia.

Tomaremos el primer tren y marcharemos á París, que jamás me ha parecido tan lleno de atractivos como hoy. Allí, visitaremos á nuestros amigos, les invitaremos á nuestra casa y les daremos reuniones y fiestas, y ellos nos invitarán á su vez.

Ya olvidadas nuestras pasadas penas, cambiaremos totalmente nuestro género de vida por otro más nuevo. Quiero rejuvenecerme y

llevarte á todas partes para que figures como debes en los salones, aunque no sea más que para halagar mis vanidades de sexagenario.

Y cambiando su tono familiar por otro precencioso, añadió sonriéndose:

—Señora condesa, estoy preparando vuestra presentación oficial en el gran mundo, donde espero me acompañareis lo mismo que á los teatros, á los conciertos, á las carreras, y en fin á un *mare magnum* de diversiones y de suntuosidades. Por vos me he vuelto elegante, alegre, pródigo y mundano. Al principio me costará trabajo tal vez, pero después ya me iré acostumbrando.

El general estaba radiante de alegría.

—Verdaderamente—añadió,—es un paisaje muy raro este apartado rincón de Italia, muy apropiado para escribir romances y sorprender la buena fé de los viajeros.

¡Ya estoy yo cansado de árido desierto y de esta falsa primavera siempre cubierta de nieves y escarchas.

—¡Ah!—añadió con acento burlon.—Esta comarca es muy rica, con sus magníficos pinares, llenos de rocas, esos tremendos pescadores llenos de andrajos y esos *psifferari* harapientos que despiden un olor á cieno que no hay quien se les aproxime á cien pasos.

No sé dónde diablos tenía la cabeza cuando proyecté semejante excursión.

Por tanto—dijo sentándose al lado de Gabriela y cogiéndola una mano—no puedo yo quejarme de voluntaria expatriación en estos ruinosos sitios, pues en ellos dejo los más hermosos y preciados recuerdos de mi vida. Yo era dichoso, no me faltaba nada y disfrutaba

de todos los placeres de la tierra. ¡Egoísta! El viento, la marea, las gaviotas revoloteando sobre las olas, me eran indiferentes. Estando á tu lado, la Siberia me hubiera parecido un paraíso. Pero ¿quién sufría de esta reclusion y no se quejaba? Gabriela, mi querida Gabriela. ¿Y quién representaba el cargo inícuo de verdugo de la Edad Media? ¡El señor de Branville, aquí presente! Sí, vos callabais por delicadeza, sin dejar de pensar en las fiestas de París y en los triunfos que aquellas diversiones brindan á las mujeres jóvenes y hermosas.

Y el pobre viejo acariciaba la mano de su esposa, á quien mimaba como una nodriza á su niño.

—Pues bien—añadió—me arrepiento, me acuso y me doy golpes de pecho. Mis ojos se han abierto, y veo. Me he convertido. Castígame; tú mandas y ordenas. La vida es corta ¡qué diablo! aprovechémonos. Pídemelo que quieras, la cantidad mayor que de mi fortuna se pueda disponer, y gástala á tu antojo. ¿Quieres carrujes? Compralos. ¿Quieres alhajas, diamantes, zafiros, turquesas, esmeraldas? Compraremos los mejores que haya en las tiendas de la calle de la Paz. Cometeremos locuras sin cuento. Bien puedo ser ahora un poco extravagante, ¡No he sido toda mi vida un santo, ó poco menos? ¡Y no es ya tiempo de que mi juventud se pase?

La condesa inclinó su hermosa cabeza sobre el hombro de su marido.

—Muy contento estais hoy—le dijo.

—En verdad que sí.

—Ya sé la causa. Es que vais á ver á Roberto.

—Eso mismo.

—Le quereis mucho ¿no es cierto?

—Mucho, sí. Pero no tienes celos... ¿verdad?

—No.

—¿No es él mi hijo como tú? ¿No es el único cariño que he tenido en toda mi vida?... Y además, ¡es tan bueno, tan leal, tan sincero!... Es mejor que yo, cuando tenía su edad; digno sin reproche, valiente como su espada y de co razón tan noble como los gentiles-hombres de la Edad Media.

Tú eres para mí la rosa de mayo que perfuma mi vejez; mi orgullo, la alegría de mis ojos, la hada de la juventud y del amor.

En nada se relacionan estos dos cariños. El que profeso á Roberto no es de la misma madera que el que á ti te tengo. Tú no le conoces todavía, ó le conoces mal. Y te digo esto porque he notado que os tratais con alguna frialdad, pero estoy tranquilo para el porvenir. Tú le estimarás cuando comprendas lo que vale. Yo le he estudiado, le he visto pequeñito, he seguido día por día su robusta naturaleza, y le conozco tan bien que contaría los latidos de su corazón á través de la distancia que nos separa.

Vosotros sois los dos seres más nobles que he encontrado en mi vida. Tú, por tu desinterés, tus elevados sentimientos y tu incomparable belleza. El, por su valor á toda prueba, su pasión por el estudio, su dulzura, su fuerza y su digna lealtad.

Hé aquí por qué sois mis dos amores.

La condesa había inclinado su cabeza sobre el pecho, y como no contestase, le preguntó

dulcemente el general, después de un minuto de silencio.

—¿En qué piensas?

—En lo que me habeis dicho, y en otra cosa; pero temo pareceros demasiado fantástica.

—¿Por qué?

—Porque voy á cambiar todos vuestros proyectos, si todavía os hago una súplica.

—Puedes decir una orden de servicio, Dime lo que deseas.

—Puesto que estamos en Italia, ¿por qué no nos quedamos hasta Semana Santa ya que está tan próxima? Si nó, tendremos que volver, y son tan hermosas esas magníficas ceremonias, que se puede decir que no se ha visto Roma si no se ha asistido á ellas.

—Sí—dijo el general.—Son tan hermosas como Sorrento, aburridas como Florencia, y tristes como Venecia. ¿Teneis mucho empeño en que vayamos á Roma?

—Mucho.

—Entonces iremos. Pero es lástima que no se pueda adelantar la Páscoa un mes, para que terminásemos en seguida, pues tenia prisa de regresar á Paris para informarme de un asunto que me intriga y preocupa.

—¡Ah! ¿Con que tambien sois curioso?

—Como una mujer.

—¿Y qué es lo que quereis saber?

—Lo que tú tambien conocerás cuando estemos en Paris. Pero... puesto que lo has de saber más pronto ó más tarde, es mejor que te lo diga yo ahora. Se trata de Roberto.

—Me lo figuraba.

—Ese seductor—no te ofenda la palabra, es lo que conviene á la situación—ese Lovelace,

se ha enamorado, pero enamorado con escándalo, publicidad y otra infinidad de circunstancias agravantes, de cierta princesa Ivanowska—el nombre indica claramente donde han pasado los hechos—que es una de las más irresistibles zalameras que ha producido la Rusia. Estos detalles me los ha dado el embajador, antiguo camarada mio. Ahora bien, esta princesa Constanza Ivanowska, según me indica una carta recibida últimamente, ha salido de San Petersburgo siguiendo á Roberto, ha llegado á Paris al mismo tiempo que él, y se ha instalado suntuosamente en un hotel de que es propietaria y situado á pocos pasos del nuestro.

A decir verdad, no veo ningún inconveniente grave en esta aventura; pero no quisiera que las cosas degenerasen en escándalo. Por eso deseo vivamente vigilar de cerca á mi inflexible capitán.

Vamos, pues, á Roma, y rogaremos al Papa que se de prisa y acelere un poco sus bendiciones.

—¡Oh!—dijo Gabriela con indiferencia, que un fisonomista hubiera juzgado falta de sinceridad;—puesto que teneis deseos de ir á Paris, volvamos lo más pronto posible. No tengo tanto interés en ir á Roma como os decia; únicamente quería poner á prueba vuestra descendencia; dejemos, pues, la Semana Santa para el año próximo ó para las kalendas griegas.

El conde dió las últimas disposiciones para el viaje, y en un momento los ayudas de cámara y las doncellas terminaron los preparativos.

Los equipajes hechos fueron colocados en un camión tirado por mulas, que los llevaron á la estación.

La marcha encantaba á aquel pequeño mundo de satélites.

Paris es el bello ideal de los criados.

—¡Que alegría, señora regresar á Paris!— decía Rosa, doncella predilecta de la condesa, encantadora bretona, de cutis fino y delicado, sonrosadas mejillas, preciosa boca y ojos vivos como carbunclos, que había sido educada en el hotel Desgranges, al lado de Gabriela.

Por fin, la señora tendrá buenas habitaciones, y no estos horribles y destartalados cuartos de posada. ¡Qué necesidad hay, vamos á ver, de recorrer países para visitar unas anti-giallas semejantes? No hay ni una casa nueva en toda la ciudad. Los albañiles no prosperarán mucho en este país. ¡Lo mismo que Venecia! No me estraña que la señora se aburriese. ¡Con agua por todas las calles! A mí me gustan más las aceras. Por lo menos se tienen las botas secas, cuando no llueve y no hay necesidad de barquero.

Qué ideas más raras. Escoger un pantano para edificar una ciudad. A nosotros nunca se nos ocurriría semejante cosa. Esa ciudad no es buena más que para los médicos porque aquellas humedades deben ocasionar muchas enfermedades. Y sobre todo la gente que se ahogará. Hay un canal que llaman Otrano ó Anfiano, donde está el cementerio y que se le debía nombrar el cementerio de los pies húmedos. No concibo cómo hay quien le guste estar allí dentro. Y, sin gana ninguna de estar en él, me gusta más el de mi pueblo, cerca de la

iglesia de Tregenech, con junquillos y violetas en primavera y con margaritas todo el verano.

Esta nueva apreciación de las poéticas bellezas de Venecia, hizo sonreír á Gabriela.

Algunos minutos más tarde nuestros viajeros, instalados en un vagón napolitano, emprendían el viaje á Paris.

Una seca y fría mañana de los últimos días de febrero, el general dormía profundamente en su cuarto, y Gabriela, sola en el suyo, apoyada la cabeza sobre sus afilados dedos, en medio de los encajes de su almohadón, se decía:

—Quisiera conocer á esa princesa que me ha robado el corazón de Roberto. Su voz, su emoción, el temblor de su mano, todo me indicaba, cuando se despidió de mí que me amaba y que su amor sería duradero.